

**LAURA
PIÑERO**

**AQUELLOS
AÑOS
ACCIDENTALES**

**DRO,
LA DISCOGRÁFICA
INDEPENDIENTE
QUE LO CAMBIÓ TODO**

LIBROS CÚPULA



**LAURA
PIÑERO**

**AQUELLOS
AÑOS
ACCIDENTALES**

**DRO,
LA DISCOGRÁFICA
INDEPENDIENTE
QUE LO CAMBIÓ TODO**

LIBROS CÚPULA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Laura Piñero García, 2023

© del prólogo: Iván Ferreiro

© del epílogo: Diego A. Manrique

Con la colaboración especial en la edición y realización de la obra de Sergio Méndez, David Bonilla y Paco Gamarra, de Warner Music Spain.

Primera edición: mayo de 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-3593-8

D. L.: B. 1.268-2023

Impresor: Gómez Aparicio

Impreso en España – *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Prólogo de Iván Ferreiro	9
Introducción	13
La increíble historia de la discográfica DRO	17
Parte uno	19
Parte dos	117
Parte tres	301
Notas finales de la autora	495
Epílogo de Diego A. Manrique	501
Índice onomástico	505

LA INCREÍBLE HISTORIA DE LA DISCOGRÁFICA DRO

Una noche después de un concierto en 2018, terminé de casualidad dentro de una hoguera improvisada de anécdotas. Varios históricos del sello independiente Discos Radiactivos Organizados (DRO) contaban a las nuevas generaciones de la discográfica, absorbida por Warner en diciembre de 1992, cómo arrancaron desde casa un negocio multimillonario que alumbraría a bandas célebres tan dispares como Loquillo, Gabinete Caligari, Siniestro Total, Hombres G, Celtas Cortos, Extremoduro, Los Rodríguez o Duncan Dhu. DRO nació a finales de 1981 como contrapunto a las multinacionales, como una necesidad y un juego. Inesperadamente, crecieron, se fusionaron con otras tres independientes de la época, Tres Cipreses, GASA y Twins, arrasaron con sus lanzamientos y terminaron absorbidos por una gran compañía que ahora gestionan, según ellos, con el mismo espíritu de sus inicios.

¿Quiénes eran estos personajes desconocidos para el gran público que crearon una especie de Silicon Valley madrileño musical junto a otros emprendedores por puro amor a la música?, ¿cómo consiguieron dominar el mercado sin apenas recursos económicos ni experiencia?, ¿cómo fichaban a sus artistas y lograron colarlos en el negocio desde la independencia?, ¿cómo recuerdan los músicos esos años de música, sexo, drogas y rock and roll?, ¿qué infraestructura musical convivía con estos sellos?, ¿qué era

eso del ADN-Gen DRO al que hacían referencia?, ¿qué queda de él?, ¿cómo se protege?, ¿es posible ser independiente dentro de una multinacional?, ¿qué papel tienen en la actualidad las discográficas?, ¿qué hemos perdido o ganado 40 años después? Me hice todas estas preguntas con el objetivo de hacer un reportaje para la radio, luego un documental con mi admirado Iván Ferreiro, al que le fascina la historia de su compañía de discos, y en el proceso de documentación, di con tantos personajes y lagunas que tomé la decisión de recopilar sus vivencias.

En paralelo a estas y otras discográficas de esta década, como Nuevos Medios, existió una red de gente joven de distintas disciplinas artísticas o empresariales que apostaron por cumplir sus sueños en una España gris sin importar las consecuencias. En el camino, también se sucedieron las traiciones, los fracasos, las pérdidas, las despedidas y los desengaños. De todo esto va este libro, que pretende ser, más que un ejercicio nostálgico musical, una fuente de inspiración en presente aplicable a cualquier ámbito creativo con la música y las canciones como enlace. No he pretendido en ningún momento hacer una biografía detallada de estos personajes ni de los músicos citados, solo unificar y compartir recuerdos discográficos para construir un relato colectivo. Tampoco están presentes todos los protagonistas ni artistas del fenómeno, solo una muestra representativa. Las declaraciones y datos son reales, fruto de largas horas de charla. Se enmarcan, en ocasiones, dentro de recreaciones ficticias con la intención de trasladar al lector. Sin nuestro pasado, el futuro es un horizonte frágil. Necesitamos referentes, inspiración e historia para seguir creando cultura. Ésta es una historia hecha de cientos de voces.

PARTE UNO

AVIADOR DRO Y SUS OBREROS ESPECIALIZADOS

I

1979. Los padres de Servando Carballar han salido otra vez de gira y los amigos del instituto Santamarca llegan puntuales a su casa en la calle Zabaleta 56. Están exultantes y excitados, a punto de prender una mecha. El piso familiar se ha convertido en una especie de oasis de libertad adulta donde se sienten inescrutables. Hay convocada una reunión sobre el próximo fanzine que publicarán bajo el nombre de colectivo literario «Expresión» y una partida de rol que los mantendrá entretenidos toda la madrugada. En la casa se respira cultura, revolución. Un póster gigante de la ciudad de Nueva York cubre una de las paredes principales del salón cargado de libros, discos y objetos de la compañía de teatro medieval de los Carballar que han inyectado el virus de la imaginación a su hijo. Él y sus compañeros muestran un interés desmedido por crear, por la ciencia ficción, el futurismo y el dadaísmo. Su primera gran aportación al mundo es este colectivo que publica relatos, poemas o artículos sobre divulgación científica desde el Ateneo Libertario Mantuano, un antiguo edificio falangista reconvertido en un hervidero de nuevas tendencias culturales.

Uno de los invitados rompe el clima distendido de la velada y repasa la línea editorial del fanzine con aires de oración de asociación secreta: «Remover conciencias, protestar contra lo

establecido y promover la libertad con el objetivo de dejar atrás definitivamente los pensamientos franquistas todavía instaurados en la sociedad actual». Todos asienten con orgullo, salvo Servando, «Vandi», que emerge desde el fondo de la sala con un apunte relevante: «El fanzine está muy bien, estamos llegando a mucha gente, pero creo que deberíamos potenciar entre todos Aviador Dro y Sus Obreros Especializados, tanto los que quieren tocar como los que no, nuestros principios volarán así aún más alto».

Aviador Dro es el grupo de «punk-científico» que ha creado con los amigos. Basan su sonido en el órgano electrónico y en referencias como Krautrock o Kraftwerk. Quieren ser como ellos y como Devo, la banda de *new wave* estadounidense, porque encarnan la modernidad, se elevan por encima de lo establecido con una puesta en escena cargada de teatralidad, composiciones de sonidos imperfectos y mecanizados, proclamas futuristas, humor surrealista y una suculenta crítica que no deja indiferente a nadie.

La pandilla escucha con atención la idea de Servando que suele anticiparse a lo que está por venir gracias a los viajes que hace con sus padres, actores de teatro, y a las compañías que frecuentan en casa, lo mejor de la efervescente intelectualidad cultural del país. La euforia se apodera de ellos. En días sucesivos, con la emoción desmedida que da empezar, darán forma al ideario y discurso de la banda que lleva el nombre de una ópera futurista del compositor italiano, Franceso Balilla Pratella, *L'aviatore Dro*. Los aviadores estarán en primera línea con los instrumentos y los «obreros» se centrarán en acciones complementarias para agitar conciencias desde distintos frentes. Sus pilares son la música tecno, la ciencia ficción, los avances científicos, la tecnología y la agitación social. Cuando estén «operando» lucirán monos de trabajo, gafas y otros materiales de protección. Todos los miembros del conjunto tendrán una identidad mutante, un sobrenombre que los definirá y transformará en seres de otro planeta. El de Vandi será Biovac N, por un relato de su admirado Isaac Asimov. La hoja de ruta también incluye la adquisición de instrumentos, el asalto a los medios de comunicación o centros culturales.

Todo se presenta relativamente fácil de ejecutar, tienen la es-tela de acción del fanzine como antecedente. Solo existe un pe-queño gran problema que resolver: nadie en Zabaleta sabe tocar, componer o cantar de verdad.

2

Han pasado cuatro décadas y tanto Servando Carballar como Marta Cervera, amantes de la ciencia ficción, creen en los viajes en el tiempo. Una especie de vórtice imaginario revuelve sus vivencias con una facilidad espectral. Servando es menudo, re-dondo, con barba blanca y cuatro ojos. Marta es también peque-ña, esbelta, desprende un aura etérea, blanca y frágil. Llevan pues-tos los monos de trabajo con los que saltaban al escenario porque van a hablar en nombre de Aviador Dro, el grupo que cambió sus vidas en apenas un par de años y las de otras muchas bandas del país. ¿Cómo pasaron de ser un grupo de amigos desconocidos a hacerse un hueco destacado en el círculo musical de los 80? La misma pregunta se reproducirá meses más tarde con Manuel Guío, Miguel Ángel Gómez, José Antonio Gómez, Alejandro Sacristán, Andrés García y María Jesús Rodríguez, todos antiguos componentes del grupo por el que fueron entrando y saliendo distintos amigos del contexto del instituto Santamarca, que formó a una generación de jóvenes con unas ganas inusitadas de crear.

«Con imaginación y persistencia», contestan casi al unísono. La militancia que alumbró aquel piso de Zabaleta, el impagable placer de ser parte de algo, de aunar música e ideas, de participar en la construcción de un país nuevo en democracia y hacerlo además en grupo, mantuvo a los amigos enganchados incondicionalmente al proyecto musical. Cada nuevo día se presentaba como una oportu-nidad para hacer girar la rueda y en ese proceso de evolución rápi-da resultó esencial hacer partícipe a los prescriptores musicales del momento que empezaron a clasificarlos, de manera novedosa en España, como un grupo de «tecno-pop». Ellos, sin ningún tipo de complejo, invitaban a periodistas y programadores a ensayos o con-

ciertos, dedicaban tiempo a contar lo que hacían, a emborracharse con quien hiciese falta para estrechar vínculos. En 1979, apareció en *El País* la primera referencia en prensa sobre Aviador Dro, firmada por el periodista José Manuel Costa —firmará también su primera entrevista en papel—, y en diciembre de ese mismo año, se presentaron oficialmente en el teatro Alfil, la antesala a sus primeros conciertos en colegios mayores y fiestas.

La humilde notoriedad que adquirieron durante esta primera etapa los conectó con Xabier Moreno, responsable de distintos espacios de la nueva emisora de música de Radio Nacional de España, Tercer Programa, actual Radio 3, que les dio la oportunidad de registrar sus primeras canciones —«Nuclear Sí», «Rosemary», «Obsesión» y «La chica de Plexiglás»—, plagadas de sintetizadores y cajas de ritmos, en un estudio profesional de radio. «La repetimos como quince o veinte veces porque el registro formaba parte del examen de acceso de los nuevos técnicos de la radio. Los pobres lo pasaron fatal porque sonábamos muy mal, íbamos con instrumentos electrónicos inusuales en ese momento. Nos preguntaban dónde estaba la batería... Nos divertía ser raros, provocar, pensábamos que todo estaba obsoleto y que éramos el futuro. Es curioso que el nacimiento de esa radio coincida con el nuestro», rememora Cervera, ArcoIris, que se convirtió en teclista de la banda después de entrar en contacto con el círculo de amigos del Santamarca y ayudar en la parte logística.

La cadena emitió, además de la primera entrevista del grupo, un *single* que enseguida despertaría las primeras críticas ácidas por sus remisiones a la energía nuclear. «En realidad, “Nuclear Sí”, solo era una fantasía que recreaba el mundo tras un accidente radiactivo y a una civilización que se reinventaba para sobrevivir, pero los movimientos sociales antinucleares estaban en pleno auge y muchos no la entendían», explica José Antonio Gómez. Las críticas crecían en paralelo a sus seguidores. Un año más tarde, quedaron terceros, entre más de un centenar de propuestas, en el I Concurso de Rock Provincia de Madrid. El premio incluía, además de una dotación económica, la grabación y edición de varias de sus canciones en el estudio Sonoland para una gran

compañía Movieplay, y la producción a cargo de un prometedor productor e ingeniero de sonido, Jesús N. Gómez.

El premio provocó un inesperado conflicto. «Ahí tuvimos nuestra primera discusión de verdad, una parte del grupo no quería grabar con ellos porque lo interpretaba como venderse y a la otra —éramos mayoría—, nos hacía ilusión la oportunidad así que aceptamos, lo que propició que algunos miembros dejaran la banda.» Editar de manera profesional un disco solo estaba al alcance de unos pocos en los 80 y las horas de estudio se pagaban a precio de oro. Daba igual la manera de conquistar el mundo, lo importante era hacerlo.

«Pero los “peros” llegaron también inmediatamente con Movieplay», admite Servando. Presentamos las canciones y querían que grabáramos con batería acústica a toda costa. «Esto es lo que tenéis que hacer, como el “Johnny and Mary” de Robert Palmer», nos decían, que era un éxito medio electrónico con batería acústica, y nos negamos, para nosotros la batería estaba muerta. Los seis temas que grabamos se iban a convertir en tres sencillos y solo se editaron dos —«La chica de plexiglás/Láser» y «La visión/ HAL 9000»— porque no lo veían claro. Nunca se nos olvidará cómo se rieron de nosotros. No existía un sitio real para Aviador Dro, preferían apostar por artistas tipo el Fary. «Un A&R nos llegó a decir que no nos hubieran apoyado, aunque hubiéramos sido los Beatles. Nos llamaron error de *marketing* porque eran una compañía de rumba, folk y canción española», añaden el resto de los aviadores.

Con la relación discográfica rota, los amigos volvieron a concentrarse en Zabaleta para pensar juntos en voz alta. Sin discos físicos, Aviador Dro nunca emprendería un viaje más allá de la frontera.

3

Principios de 1980. Solo son unos segundos de hielo antes de saltar al ruedo, momentos en los que el deseo de desaparecer se

entremezcla con las ansias de tocar. Miles de personas esperan en el Palacio de los Deportes de Madrid a que Aviador Dro cierre con un par de canciones el evento. Servando, en la sombra de los bastidores, mira al suelo con sus anteojos y piensa en la desastrosa primera vez que actuaron en una residencia de estudiantes. Los asistentes, espantados con lo que estaban escuchando, empezaron a abandonar la sala por una puerta pegada al escenario mientras ellos trataban de seguir tocando, humillados y apaleados. «El ayer no es el ahora. Su propuesta cada vez mola más, por eso forman parte del batiburrillo de grupos de diversa índole del megaconcierto de hoy.»

Humo artificial, un toque solemne. Los aviadores hacen aparición enfundados en sus llamativos trajes y con gafas de protección, a caballo entre el vestuario de un recolector de miel y del operario de una central nuclear. Desprenden un aire apocalíptico, una actitud sosegada y altiva ante el auditorio. José Antonio Gómez, X, un joven alto y de piernas largas, el único que sabe manejar un poco la guitarra, no ve absolutamente nada con la caperuza puesta e intuye las cuerdas a ciegas. Su hermano Miguel Ángel, que no ha tenido más remedio que convertirse en el técnico de sonido de la banda porque no es capaz de tocar ni una nota, sonoriza desde la parte de atrás ya que no llega el cable para hacerlo como dios manda. La actuación suena, como era de esperar, a rayos. La gente duda de si lo que hay en el escenario es un grupo de música o parte de un espectáculo grotesco. Los músicos bailan como robots al ritmo de sonidos mecanizados que lanzan desde unas cajitas negras extraterrestres. La adrenalina se dispara.

—«¡No llevan batería!, ¡están locos!», grita alguien entre el tumulto.

El concierto también se vive en el foso. Alejandro Sacristán, CTA-102, asesor científico de la formación, trata de coordinar las «agresiones estéticas» de la «Revolución Dinámica», las performances robóticas y de agitar una bandera que promueve la anarquía científica. Tiene preparadas las bolsas de basura para envolver al público, la taladradora perfora muñecos de cartón y el

material para montar un andamio obrero en directo, el otro espectáculo de Aviador Dro, pero la multitud se lo impide. Apenas logra mantenerse en pie y busca desesperadamente a su chica, María Jesús Rodríguez, Metalina 2, que trata de repartir sin éxito los panfletos con la filosofía de Aviador Dro en contra del fascismo, las supersticiones y todo lo establecido: ¡Muerte al pasado!, ¡Acción contra tradición! En el escenario, Andrés García, Fox, el cantante, que no lleva la cara tapada, es el primero en predecir la tormenta. El auditorio enloquece con los primeros versos de «Nuclear Sí». Llueven botellas de coñac sobre sus cabezas.

—¡Apoyan la energía nuclear, hijos de puta!, ¡son antidisturbios!, ¡a por ellos...!

Hace cada vez más calor, los zapatos de los aviadores se pegan al suelo, inundado de líquidos de diverso tipo. En los eternos minutos que dura el Apocalipsis, ninguno consigue encontrar la mirada del otro ni hacer una señal para parar. La emoción diluye sorpresivamente el miedo y recuerdan lo que pactaron en la última reunión en Zabaleta, después de salir escaldados por el mismo motivo de un bolo en Avilés: resistir hasta el final. Nadie dijo que fuera fácil la revolución. Da igual que mañana duelan los huesos.